

# ¡VIAS!

## RAILWAY!

### ¡FERROVIAS!

**José M<sup>a</sup> Bernet Granados**

Ganador del Premio Vida y Salud de Narrativa, en su X Edición Modalidad Absoluta, organizado por la Escuela de Enfermería de la Universidad de Alicante y el Grupo de Investigación Cultura de los Cuidados.

Octubre 2010



A las nueve y diez, diaria y puntualmente, el tren abandona las entrañas de la tierra y emerge cerca del río. Al hacerlo, hace sonar su silbato como si celebrara escapar de la húmeda y lóbrega oscuridad del túnel para zambullirse en un baño de luz y recuperar la libertad envuelto por los colores y el paisaje del Baix Llobregat.

Al oír el silbato, Manuel deja la azada, el escardillo o lo que tenga en las manos en esos momentos; pone recta -no sin dificultad- su dolorida espalda, se gira hacia el tren y, tras descubrirse, enjuga el sudor de su frente con la manga de la camisa y alzando el raído sombrero de paja saluda al maquinista del tren.

Al lado de Manuel está Tarzán, que corresponde a la estridencia del silbato ladrando enérgicamente. Tarzán no es el perro de Manuel. En realidad, es un perro que no es de nadie y que es de todos; que va y viene, al que le divierte acercarse hasta la orilla del río para espantar y corretear tras

los pájaros que despreocupados picotean en el barro y que, con puntualidad ferroviaria, aparece a esta hora de la mañana porque sabe que cuando el tren pasa y aúlla, Manuel hace un alto en su tarea, saca su abollada fiambarrera de aluminio, desayuna, y siempre tiene un bocado que compartir con el can.

Esta escena se repite día tras día desde hace poco más de un año. El mismo tiempo que hace que Manuel se jubiló y aceptó "heredar" de un vecino con problemas de salud un pequeño huerto situado entre las vías del "carrilet"(1) y la margen izquierda del Llobregat, muy cerca de Sant Boi, y casi debajo mismo del lugar por donde pasa volando el AVE en su polémico y tan anhelado periplo a Barcelona.

Junto a un contenedor de basura encontró tiradas unas puertas con las que construyó un pequeño cobertizo en el que poder resguardarse si le da por llover y donde guarda las pocas herramientas que tiene. Para amueblar la estancia rescató del fondo del maletero de su viejo coche, una mesa y un par de sillas plegables que aún conservaba de aquellos veranos en que con su mujer, su hermana y su cuñado, se iban a pasar el domingo a la playa de Castelldefels. Sobre la mesa colocó un botijo, pues le había dicho el médico que a su edad tenía que beber mucha agua, y de un clavo colgó un diminuto transistor plateado en el que escucha Radio Teletaxi.

Algunos amigos jubilados de Manuel acostumbran a ir al hogar del pensionista a jugar al dominó al abrigo de la calefacción en invierno y al fresquito del aire acondicionado en el verano, o a bailar

(1) "Carrilet": denominación con los que popularmente son conocidos los ferrocarriles de vía estrecha de la Generalitat de Cataluña.

pasodobles los jueves; otros, dan interminables paseos mientras van deteniéndose en cada una de las obras que encuentran a su paso para, a la par que descansan un rato y recobran el aliento, criticar lo mal que trabajan los albañiles de ahora; también los hay aficionados a la petanca, y el resto, la gran mayoría, no pueden hacer ni una cosa ni la otra, ya que no tienen más remedio que cuidar de los nietos, llevarlos y traerlos del colegio, darles de merendar, retornarlos a casa de sus padres... En fin, casi criarlos como criaron a sus propios hijos.

Pero Manuel como no tiene nietos, jugar al dominó no es lo suyo, y una vez intentó lo de la petanca pero, la verdad, es que se aburría bastante, prefiere el huerto. Le recordaba aquellos primeros años de su juventud en que trabajó en el campo antes de, como tantos otros paisanos suyos hicieron, emigrar a Cataluña. Y lo de menos era la "cosecha", pues lo realmente importante era el contacto con la tierra y el volver a sentir el calor de los rayos del sol sobre su piel y del aire fresco en la cara tras casi treinta y cinco años "encerrado" en la SEAT; al servicio de aquella insaciable e inagotable cadena de montaje de la que llegó a sentirse parte, otra pieza, un simple eslabón más.

Manuel, mientras desayuna, se pregunta quién conducirá el tren y cómo será el conductor. Si será hombre o mujer, principiante o veterano, y si podría para saludarle, como le parecía, o únicamente por obligación, cumpliendo una normativa que le obligara a hacerlo al salir del túnel o antes de cruzar el puente; aunque también cabía la posibilidad de que no se tratara de la misma persona todos los días y fueran cambiando de turno, como le sucedía a él en sus tiempos de la SEAT.

A Manuel, que desde niño se había sentido atraído por vías, estaciones y ferrocarriles, no le hubiera importado ser conductor de tren. Está convencido de que debe de ser una bonita profesión, entretenida e interesante, y por eso le gustaría poder conocer al maquinista, charlar un rato con él, que le explicara su trabajo, y si es difícil manejar los mandos del tren. Incluso puede que le conozca, tal vez viviera en Sant Boi como él, y, quien sabe, es posible que hasta en su mismo barrio.

Manuel últimamente anda algo desgano; y de eso, algunos se benefician...

- Ten Tarzán, acábate el chorizo que yo voy a seguir cavando.

\*\*

Ramón al finalizar el servicio militar comenzó a trabajar en los ferrocarriles catalanes y en la actualidad es uno de los maquinistas más veteranos de la empresa. Gracias a ello tiene un buen horario, libra los fines de semana, y espera, si los rumores se confirman, que en apenas un año le ofrezcan la posibilidad de prejubilarse. No es que no le guste su trabajo, es más, le apasiona, pero también reconoce que ya está bien, que él ya ha cumplido de sobra, que sólo se vive una vez, y que hay que disfrutar de la vida y dejar paso a los jóvenes para que trabajen y puedan pagar la hipoteca.

Ramón es de Cornellá; y cuando a primera hora de la mañana sale del túnel con su tren le gusta tocar el silbato para decirle ¡hola! al día y para saludar a ese hombre que diariamente ve trabajar en su pequeño huerto flanqueado de cañas secas.

A Ramón al jubilarse le gustaría tener un huerto como ése, pues le parece una distracción sana y provechosa; máxime hoy en día con esta crisis económica que padecemos y al precio que se están poniendo las lechugas, los pimientos y todo en general... Y es que Ramón ha hecho números y ha calculado la pensión que le quedará y que es con la que tendrá que mantener la economía familiar. Ha de tener en cuenta que su mujer no trabaja; mejor dicho, sí que trabaja y ha trabajado lo indecible durante toda su vida llevando la casa y cuidando de los abuelos mientras vivieron, de los niños... Así que bastante más apropiado será decir que carece de ingresos; y que los hijos, que apenas colaboran en los gastos, se resisten a irse de casa... En definitiva, que esperaba no tener dificultades para llegar a fin de mes. ¡Ah! ¡Y eso sin hablar de la diferencia de sabor que hay entre un tomate de huerto y uno del supermercado! Además; el cavar, el sembrar, el regar, el estar en contacto con la tierra y, con un poco de suerte, recoger un buen puñado de hortalizas, debe de ser una sensación reconfortante tanto para el alma como para el cuerpo, ya que, con toda seguridad, relajarse y hacer un poco de ejercicio no le vendrá nada mal después de años y años de responsabilidad sentado a los mandos de la máquina; en constante tensión, con la mirada puesta en vías infinitas, atento permanentemente a instrumentos, paneles, señales y semáforos; abriendo y cerrando con precaución puertas por las que

han entrado y salido tanta, tanta gente... Personas a las que conocía de verlas jornada tras jornada en el mismo andén y a la misma hora, pero de las que desconocía absolutamente todo; comenzando por su nombre, y con las que se entretenía imaginando su profesión, su edad, los estudios que cursaban; y si eran casados, solteros, novios o sólo amigos... O intentando adivinar de qué país procedían aquellos turistas despistados que, como las golondrinas, aparecían con el buen tiempo y guía en mano se embarcaban en su tren en una primera etapa de su ascensión a la mágica y fascinante montaña de Montserrat. Así que bien podría decirse que esas personas eran como sus amigos desconocidos, cercanos pero inaccesibles, con voz, pero con las que le era imposible conversar.

\*\*\*

Así transcurría un día tras otro en la vida de Ramón hasta que una mañana al salir del túnel, a las nueve y diez, hizo sonar el silbato, miró hacia el huerto y no vio a nadie, tan sólo a un perro solitario que obstinado ladraba hacia el tren. Le extrañó la ausencia del agricultor; quizás esté enfermo - pensó- y eso, aun sin conocerle, le inquietó.

Al entrar en la estación de Sant Boi divisó al final del andén a un hombre con un sombrero de paja cuya silueta le resultó familiar. Al detener el tren, Ramón abrió la portezuela de la cabina y asomó la cabeza. Al verlo, Manuel se acercó y, tras quitarse el sombrero, le dio los buenos días y le preguntó:

- Perdón caballero, ¿es usted el maquinista que cada día toca el silbato para saludarme?
- El mismo.

Y mientras se daban un buen apretón de manos, Manuel le comentó:

- Tenía muchas ganas de conocerle. Tenga, esto es para usted, espero que le gusten.

Y le entregó un par de bolsas de plástico repletas de rábanos, acelgas y judías verdes.

- Se lo agradezco, no debía de haberse molestado... Yo también tenía ganas de conocerle, pero ahora lamentablemente tengo que dejarle, ya sabe, hay que cumplir los horarios... Y el reglamento impide que pueda acceder a la

cabina y acompañarme; pero si le parece bien podíamos quedar aquí mismo. ¿Qué le parece el sábado a las diez? Le invito a desayunar y así podremos charlar tranquilamente.

- Me parece una idea estupenda, y con mucho gusto acepto su invitación... Pero que conste que pago yo... ¡Hasta el sábado!

Tras cerrar las puertas de los vagones, Ramón sonrió a Manuel, le dijo adiós con la mano y puso en marcha el convoy que ganando velocidad abandonó la estación.

Aquel sábado ambos acudieron puntuales a su cita en el andén. En el bar de la estación desayunaron con buen apetito; Manuel, un pincho de tortilla, y Ramón unos callos a la madrileña. Entre bocado y bocado conversaron animadamente. Manuel le habló del pueblo andaluz de sus orígenes; de los años que pasó trabajando en la SEAT; de lo mucho que sentía el no haber podido tener hijos, pero que su querida esposa aún lo lamentaba mucho más; de cómo era la vida de un jubilado; de ese dolor que tenía desde hacía unos días en el costado, seguramente, por haber cavado demasiado; y de su esperanza de que el Betis volviera a subir a primera aquella temporada.

Ramón, por su parte, le contó que no tenía nietos pero sí dos hijos, uno de veinticuatro años, soltero, que únicamente se dedicaba a pasárselo bien y que manifestaba a menudo ser partidario de esa doctrina que proclamaba junto a sus amigos consistente en: "vive de tus padres hasta que puedas vivir de tus hijos", y otro, el mayor, de treinta y uno, que éste sí que se había casado hacía cuatro años pero que, tras separarse de su mujer, estaba atravesando una mala racha y no había tenido más remedio que regresar de nuevo a casa. También le comentó las posibilidades que existían de prejubilarse dentro de unos pocos meses; que desde que nació estaba predestinado a conducir un tren ya que era hijo y nieto de ferroviarios; el funcionamiento de algunos mecanismos, que no era tan difícil su manejo, y que Manuel seguro que hubiera sido un buen maquinista. Le explicó que aunque lo había hecho durante años, ahora exactamente no conducía una locomotora, sino una unidad de tren autopropulsada, la velocidad máxima que podía alcanzar, y alguna de las numerosas anécdotas que le habían sucedido en tantos años de profesión

como aquella vez, hace ya tiempo, en la que a pocos kilómetros de donde se encontraban se topó con un tractor averiado atravesado en mitad de las vías pero que, afortunadamente, pudo reaccionar a tiempo y evitar la tragedia; y le confesó su confianza en que el Barça: “Aquest any sí!”(2).

Manuel le escuchaba atento, con los ojos abiertos como platos, y de vez en cuando le hacía alguna pregunta acerca del sistema de frenado automático o relacionada con las famosas catenarias y sus inseparables pantógrafos, y, además, quiso saber por qué las vías españolas eran más anchas que las europeas, su opinión respecto a si las locomotoras de gasoil eran mejores que las eléctricas y sobre otras muchas cosas más.

A la hora de pagar los dos quisieron hacerlo, forcejeando ante el camarero que sonreía al presenciar la escena. Al final se impuso el criterio de Ramón, argumentado que era lo mínimo que podía hacer en agradecimiento a las deliciosas verduras que le había regalado

Manuel. Después, para hacer la digestión dieron un paseo, y caminando caminando se acercaron hasta el huerto. Manuel le enseñó "sus posesiones" y como iban creciendo los tomates.

Hacía un día radiante, y mientras feliz el anfitrión canturreaba y aprovechaba para echar un riego a las sedientas matas, Ramón, sentado en una de las sillas de la playa, al tiempo que sonaba en la radio "El emigrante" de Valderrama, vio pasar un tren y tuvo una extraña sensación; mezcla confusa de temor ante un futuro cada vez más cercano; de bienestar por aquella agradable jornada; de alegría por haber conocido a un buen hombre con el que estaba convencido de que iba a tener una excelente relación; de libertad en aquel trozo de tierra, a la vez tan cercano y tan alejado de todo; y de esa serenidad que proporciona el tener la conciencia tranquila al saber que se ha hecho lo que se ha podido en esta vida.

Y tras aquel sábado vinieron muchos más, y se hicieron amigos, buenos amigos, compañeros. Manuel supo que los trenes cremallera, como el de Núria, que se utilizan para ascender pendientes muy pronunciadas, se llaman así porque poseen

una rueda dentada que engrana con los dientes de un tercer carril evitando de esta manera su caída; que, prácticamente, todas las unidades están provistas de un dispositivo de seguridad llamado "el hombre muerto" que evita que el convoy continúe su marcha en caso de distracción, accidente o desvanecimiento del maquinista; que existe un tren en Japón que no tiene ruedas y que, levitando sobre las vías, consigue alcanzar casi los 600 kilómetros por hora; y quiénes son y qué hacen, un factor, un guardabarreras, un mozo, un interventor, el jefe de estación...

Ramón, por su parte, aprendió que los tomates se siembran en abril y mayo y las habas en noviembre y diciembre; cuanta agua necesitan las berenjenas; los polvillos que hay que echarle a las patatas para que no críen bichos; que es conveniente dejar en barbecho la tierra durante algún tiempo; y otras muchas cosas del campo, ya que, a diferencia de Manuel, él apenas poseía conocimientos agrarios.

Un sábado, al llegar al huerto, Ramón no encontró a su amigo. El señor del huerto de al lado le dijo que Manuel hacía un par de días que estaba ingresado en el Hospital de Sant Boi y, por lo que parecía, la cosa no tenía muy buena pinta.

Ramón, inmediatamente, se acercó hasta el hospital y preguntó a la enfermera de recepción la planta y el número de habitación. Tras salir del ascensor su preocupación iba en aumento a medida que recorría el largo pasillo. Al llegar a la habitación se detuvo pensativo unos instantes ante la puerta hasta que, finalmente, se decidió y con sigilo la abrió y entró en ella.

La primera cama estaba vacía, y en la segunda, postrado, encontró a Manuel. Sedado, tenía los brazos por fuera de las sábanas y su piel morena contrastaba con la deslumbrante blancura del algodón; en la muñeca de uno de ellos había sido colocada una llave de tres vías ¡Vías! Cruel y caprichosa polisemia... ¡Cómo detestaba Ramón ese tipo de vías a diferencia del amor que sentía por las de acero! De la vía intravenosa partían tubos de plástico que recorrían la extremidad en pos de unas botellas de cristal que en lo alto, casi celestiales, colgaban boca abajo mientras gota a gota se des-

(2) “Aquest any sí!”: Expresión que utilizan los seguidores del F.C. Barcelona el año en que el equipo “funciona” y confían en ganar el campeonato.

prendían de su contenido. De su nariz, y sujeta con un esparadrapo, prendía una sonda de goma por la que con toda probabilidad recibía el alimento, y por un lado de la cama, como si de un vulgar desagüe se tratara, una cánula vertía líquidos en una bolsa transparente a medio llenar.

No fue fácil para Ramón reconocer en aquel cuerpo a su amigo. ¡Qué distinto Manuel! Siempre vital, optimista, enérgico, alegre, locuaz, y ahora, al verlo tan débil, tan desmejorado, tan indefenso... Ramón se emocionó.

Adormilada en un sillón de escay junto a la cabecera de la cama, rendida sin duda por el cansancio acumulado de noches en vela, había sentada una mujer que despertó al acercarse Ramón.

- Disculpe, me había dormido.
- No se preocupe señora, faltaría más. Usted debe de ser Carmen, la esposa de Manuel.
- Sí, y usted debe de ser Ramón, encantada - dijo mientras le daba la mano- ya me comentó mi marido que vendría por aquí en cuanto se enterara.
- Ahora mismo acabo de saberlo, pero ¿qué le ha ocurrido? La semana pasada estaba tan bien...
- Tenía un dolor en el costado desde hacía unos meses; el lunes por fin le visitó el especialista, tras examinarle le hicieron pruebas urgentemente, vieron que era un tumor, y anteayer le operaron... Ahora tan sólo queda esperar a ver que pasa.
- Sí, ese dolor al que no daba importancia... No sabe cuánto lo siento, pero no se preocupe señora Carmen, Manuel es fuerte, no ha dejado de luchar durante toda su vida y no le quepa duda de que ahora lo va a seguir haciendo, aún, con más fuerza si cabe, y estoy convencido de que saldrá adelante y se pondrá bien.
- Dios le oiga señor Ramón.

Y sollozando, con las manos en la cara, aquella pobre mujer se derrumbó en el sillón.

Durante tres semanas Manuel estuvo ingresado. A los pocos días experimentó una notable mejoría y Ramón iba a visitarle siempre que podía. Allí conoció a su hermana y a su cuñado, y, también, a gran parte de la familia de su mujer, todos

ellos, sencillas y agradables personas con las que Ramón congenió enseguida. Una tarde que se quedaron a solas, Manuel le dijo:

- Ramón, quisiera pedirte un favor...
- Claro amigo, cualquier cosa que necesites...
- Cuando falte, me gustaría que te quedaras con el huerto... Que sea para ti.
- No digas eso ni en broma. Pronto estarás bien, y seguirás trabajando en él como hasta ahora, y yo a tu lado, ayudándote en todo lo que pueda a pesar de mi torpeza con la azada; además, nos quedan tantas cosas por hacer... Recuerda la ilusión que nos hacía ir a visitar el Museo del Ferrocarril de Vilanova i la Geltrú, y ese lujoso viaje en el Transcantábrico con el que íbamos a sorprender a nuestras esposas para celebrar mi jubilación... ¡Ah! Y no creas que me he olvidado, que aún está en pie mi promesa de invitarte a la tribuna del Camp Nou la próxima vez que venga a jugar el Betis ¡A ver si es verdad que es capaz de ganarle al Barça!

Pero aquella noche, mientras dormía, Manuel murió.

\*\*\*\*

Mas el tiempo pasa rápido, casi tan rápido como aquellos trenes que él veía pasar y, justamente hoy, se cumple un año de aquél su último día.

Los rumores finalmente se confirmaron y Ramón se jubiló. Por las mañanas, va al huerto que le dejó su amigo Manuel y cuando el "carrilet" de las nueve y diez pasa, él se descubre y le saluda con su sombrero de paja; aunque el tren haya enmudecido y ya nunca haga sonar su silbato. Y desayuna junto a Tarzán; y un par de veces al mes, con su mujer, van a visitar a la viuda de Manuel, le hacen algo de compañía y le llevan unas bolsas con habas, con berenjenas, con calabacines... con lo que toque en ese momento; toman café, y hablan de todo un poco, y, cómo no, del huerto y de su querido amigo Manuel.

Y todos coinciden en la opinión de que sus verduras eran mucho, mucho mejores.

## ENTREVISTA A JOSÉ MARÍA BERNET GRANADOS



### ¿Qué es lo que te motiva a escribir?

Escribir es para mí una afición que, como tal, practico cuando me apetece y dispongo de tiempo, sin un método de trabajo preestablecido; aunque reconozco que con el tiempo se ha convertido en una necesidad, una especie de adicción que hace que cuando lleve algún tiempo sin escribir necesite hacerlo.

### ¿Cuál es el mensaje que quieres transmitir con tu relato?

¡Vías! Es un relato que escribí sin la idea de transmitir un mensaje concreto; quizás se pueda extraer de él la necesidad de encontrar en un momento de nuestra existencia un amigo con el que llevarnos bien sin tener que ser igual que él, incluso sin tener la misma edad, procedencia, profesión, formación o aficiones para paliar nuestra, aún sin saberlo, soledad; y, sobre todo, que hay que vivir la vida y disfrutar lo máximo que se pueda de ella porque nunca sabes del tiempo que dispones para vivirla.

### ¿Puedes contarme alguna anécdota interesante?

Sí, tenía tan pocas esperanzas de ganar este certamen que borre el relato del lápiz de memoria que utilicé y he tenido que recuperarlo del disco duro; cosa que me ha servido de lección y seguro que no me vuelve a suceder.

### ¿De dónde surgió el interés por escribir el relato vías?

Fijaos cuando viajéis en tren y seguro que no tardareis en ver alguno de esos pequeños huertos flanqueados de cañas secas a uno u otro lado de las vías. De ahí nació la idea, y de mi padre Francisco por un lado, andaluz emigrante a Cataluña en su juventud, que tenía uno de ellos cuando se jubiló, y de mi suegro Valentín, aficionado a los trenes a tamaño natural y a escala. A los que tengo que agradecer su ayuda; ya que ambos, cada uno en su especialidad, me asesoraron en el relato.

### ¿Cómo te relacionas con los trenes?

Suelo utilizar habitualmente el “carrilet” que menciono en el relato para desplazarme a Barcelona. Y me gusta utilizar el ferrocarril para viajes de media o larga distancia cada vez que puedo. Otra cosa son las estaciones, que, sobre todo las antiguas, reconozco que me atraen y tienen un encanto especial.

### ¿Ya tienes planeada tu próxima obra?

He comenzado a trabajar en ella esta misma semana, aunque está totalmente “en pañales”, cosa que me preocupa, ya que suelo comenzar a escribir cuando lo tengo todo bastante claro y en este caso aún me quedan muchas cosas por decidir.

### ¿Cómo te visualizas en el futuro?

Como la escritura es para mí sólo una afición, espero llegar a jubilarme a una edad razonable (nada de los 67 años), cobrar una pensión digna después de tantos años cotizados, y llegar con buena salud para dedicarme a mis dos aficiones preferidas: viajar y escribir.

### ¿Cuáles son tus libros y escritores favoritos?

En cuanto a libros tengo una especial predilección por los cuentos y relatos cortos, y entre mis autores preferidos están Wilde, Dickens, Poe, y, especialmente, Guy de Maupassant.

### ¿Qué opinas de la lectura en España?

Creo que en España en relación con el nivel cultural medio de la población se lee mucho y se publica aún más; basta con ir en el metro para ver a mucha gente pegada a un libro. Otra cosa es lo que se lee y los autores que triunfan, entiéndase por un lado “best sellers” de tirada y publicidad millonaria, y los Larssons o Zafones de turno por el otro.